



UN PASEO CON EINSTEIN

EL CONFERENCIANTE (PARANINFO)

«Llego lunes rápido», dice el telegrama en el que Albert Einstein anuncia su llegada a Zaragoza. No hay en ello relatividad alguna. No es que vaya a llegar con mayor o menor rapidez, en un tiempo o en otro, ni tan siquiera a la velocidad de la luz, sino que viene en el tren "rápido" procedente de Madrid. Se le da una afectuosa bienvenida, y se le ofrecen los respetos que su alto prestigio intelectual merecen. A la estación acuden a recibirle con todos los honores, entre otros, el Catedrático de Física Jerónimo Vecino, artífice de la invitación, el rector de la Universidad, Ricardo Royo Villanova, el Catedrático Antonio de Gregorio Rocasolano y el Decano de la Facultad de Ciencias, Gonzalo Calamita. Sabio profesor, ilustre huésped. Las personalidades de la ciencia y la cultura zaragozanas saben que no hay rama de la ciencia física en la que tan admirado visitante no haya hecho algún descubrimiento importante. Cada una de sus investigaciones bastaría para hacer célebre a un hombre. Viene, con el Nobel ya bajo el brazo, a impartir dos conferencias en este magnífico escenario que es la Facultad de Medicina y Ciencias, cumpliéndose así un antiguo e ilusionante deseo de todos los Académicos de la ciudad. Ha de ser, y será, un memorable acontecimiento científico y social, así como un fabuloso refuerzo emocional del proceso de afianzamiento de la ciencia en España.

Aristóteles y Newton suponían que el espacio y el tiempo constituían un marco fijo, el mismo para todos los observadores y dentro del cual se verificaban todos los fenómenos naturales. Lo que Einstein viene a explicar y a demostrar en Zaragoza es que el tiempo en que vivimos y el espacio en que nos movemos no son conceptos fijos e inmutables sino que, por el contrario, son relativos y variables de un observador a otro. Para ello no destruye teorías pasadas sino que las concilia en su propia Teoría de la Relatividad. No soy un revolucionario, dice él, y mi teoría no es sino una extensión, culminación o traducción de las que me precedieron. Conservo lo que puede ser salvado de la física clásica y sólo elimino lo que pudiera obstaculizar el progreso de la ciencia. Y aquí, en Zaragoza, también se quiere tener conocimiento de primera mano de tal progreso.



Lástima grande que la ciencia requiera de expresiones y palabras que son desconocidas para la casi totalidad de los mortales. Sería necesario un lenguaje matemático complejo para exponer todo esto con claridad y precisión. Pero esa es otra historia, y todo es relativo. O no. Es por ello que Einstein, apologista de la relatividad, acepta la invitación con la condición de limitar las conferencias al área de su ciencia y de que se pueda valer de dibujos y fórmulas matemáticas. Dada mi total incapacidad para hablar español y mi deficiente conocimiento del francés, sería incapaz, explica, de presentar mis conferencias si sólo tuviera que valerme de palabras.

Da igual el idioma o lo cabalístico de la ciencia. La sala se llena de personalidades de toda clase y condición social: señores graves, calvos y barbados, pero también bellas señoritas y damas distinguidas, como dice la prensa de la época. El público se ve obligado a permanecer hasta el final por el acuerdo de la Academia de cerrar las puertas del salón durante la conferencia. Que nadie escape, parecen decir. Que ningún oyente pueda escabullirse del salón. La atención es casi religiosa. Einstein toma la palabra, coge la tiza para trazar unas figuras en el encerado, y con una mano en el bolsillo del pantalón, se pasea con los ojos fijos en el techo y el pensamiento reconcentrado. Y cuando con frase lenta y llena de agrado llega al final de su intervención, arranca vítores y aplausos por su brillante discurso. Las manifestaciones de admiración son ostensibles, aunque tal vez sólo una minoría haya llegado a entender la complejidad de los fundamentos y las deducciones de sus teorías. De sus geniales estudios sale sin duda una bella teoría, pese a que "la calle", pese a que el gran público, no esté demasiado al tanto.

No importa. Su presencia es un espléndido regalo científico. Inmensa e infinita es la gratitud zaragozana. Y él ha encontrado una predisposición y un anhelo de conocer que revelan, aquí, un prometedor estado espiritual. No es necesario haberlo leído previamente porque su mirada y su cabeza, tocada de tan artística cabellera, han ayudado a la comprensión. Basta con escucharlo para aceptar sus teorías. Y sus dibujos, los que ha trazado en la pizarra durante la explicación, quedarán como algo constante y perenne de su paso por esta universidad. Que nadie borre los dibujos, pide el rector. Que sean fijados y conservados para generaciones venideras. Y que el propio Einstein los firme para avalorar tan hermosa reliquia. Recuerdo imperecedero, éste, que se guardó como oro en paño pero



que desapareció no se sabe bien, a día de hoy, ni cuándo ni cómo ni por qué.

El último día de su estancia zaragozana, Einstein vuelve al Paraninfo, entra en varias aulas a las horas de clase, recibe manifestaciones de admiración y simpatía de alumnos y profesores, y visita el Instituto de Investigaciones Biológicas de Rocasolano, momento que queda inmortalizado en una fotografía. Es probable que pasase también por secretaría para dar cuenta de las 575 pesetas que cobra por conferencia, más las 250 de los gastos de estancia, dato que, aunque poco trascendente, no deja de ser curioso a día de hoy.

EL HOMBRE EN SOCIEDAD (CASINO / CONSULADO)

Alguien llega a llamarlo "Señor del Espacio". Pero él, tocado con un sombrero de ancha ala y alta copa, y con una cabellera resistente al peine, siente una cierta aversión por la vida social. Al parecer, tampoco los idiomas son lo suyo. Es más, les tiene fobia, según dicen. Y sin embargo es ya, cuando llega a Zaragoza, un mito que arrastra pasiones. A las puertas de los salones donde imparte las charlas por todo el mundo, se agolpan gentes ansiosas de escuchar una palabra mágica que abra nuevos horizontes. Einstein, por supuesto, también se debe a sus admiradores. Y todos quieren tenerlo a su lado aunque sea por un instante. Los hay que incluso se inclinan respetuosamente a su paso cuando atraviesa esos salones, aunque él parezca mirar siempre al infinito.

En Zaragoza, pese a que él no lo anote en su diario, también tiene vida social. Hay notas mundanas en esta visita, y no sólo verdades abstractas, profundas y algo inasequibles para inteligencias normales o profanas. Una fiesta y una cena en el Consulado alemán, un banquete en el Casino Mercantil y una comida de despedida en el Hotel Universo y de las Cuatro Naciones en que se hospeda. E incluso asiste a la representación de una zarzuela cómica en el Teatro Principal. Se le hacen honores con gran distinción. Igual que se le nombra Académico de la Universidad, se brinda con champagne por él, por su esposa y por la prosperidad de España y Alemania, y se le fotografía para la posteridad. Esa foto de estudio, por cierto, se la hace el cónsul alemán y fotógrafo profesional señor Gustavo Freudenthal, «secuestrándolo momentáneamente del alboroto», al



decir de los expertos, y es la que adoptó como oficial la Academia Sueca de Ciencias para la galería de galardonados con el Nobel.

Es en el Consulado alemán, residencia además y estudio fotográfico del propio cónsul, donde los señores Freudenthal y su bella hija Margarita improvisan una *soirée* en la que la señorita Trini Castillo, referente entre las pianistas de la ciudad, homenajeará al sabio con un recital. Pero es el mismísimo Albert Einstein quien, al tener conocimiento de tal honor, pide inmediatamente un violín para acompañar a Trinidad y lucir así su no menos maravilloso arte musical. «Amable compañera de reparto», le escribirá a la señorita en la dedicatoria de una copia de su ya célebre fotografía. Un honor compartido. Y un regalo más para la ciudad, porque además de todo, el simpático sabio, hijo de una pianista, toca el violín a las mil maravillas. La misma fascinación que suscitan sus teorías la provoca ahora su espontáneo arranque artístico. Ahora sí que parecen comprender a Einstein algunas mentes privilegiadas. De nuevo se le tributan salvadas de aplausos. La teoría de la relatividad se me ocurrió por intuición, dice él, y la música es la fuerza que impulsa la intuición. Mis nuevos descubrimientos son el resultado de mi percepción musical. Tras la cena del segundo día lo acompañan desde el consulado al Teatro Principal para asistir a una función de la zarzuela cómica *La Viejecita*, fantasía brillante para piano, del maestro Manuel Fernández Caballero y libreto de Miguel Echegaray. Hay noches en las que todo parecen pianos y violines.

Unos sesenta comensales, entre ellos catedráticos y académicos, el gobernador, el cónsul o el alcalde, se sientan a la mesa de Einstein en el Casino Mercantil. Él ocupa la presidencia en este banquete de homenaje. Lo flanquean el rector de la Universidad y el decano de la Facultad de Ciencias. Hay un breve discurso en correcto alemán que enaltece al sabio así como la vitalidad de su país, y se le da noticia del cariñoso cuidado con que en Zaragoza se procura aprovechar al máximo la ciencia alemana. Einstein, complaciente, agradece tales lisonjas, también en alemán, por supuesto, y muestra su confianza en que su país llegue a salvar la crisis para hacer posible la reconstrucción europea.

El miércoles 14 es su cumpleaños. Cuarenta y cuatro años cumple, de los que ya lleva muchos consagrado al desarrollo de sus teorías. Es por ello que, antes de que abandone la ciudad, se celebra una



pequeña fiesta en el hoy desaparecido Hotel Universo y de las Cuatro Naciones, de nombre rimbombante e internacionalista. Situado en la calle Don Jaime, reúne todas las comodidades modernas y goza de grandes salones, jardín y un gabinete de lectura en el que puede disponerse de periódicos nacionales y extranjeros. Qué mejor alojamiento que éste para el sabio doctor. A la hora de la comida, un cuadro de Jota, un buen cuadro de Jota, según se insiste en las crónicas, canta y baila brioso ante un emocionado Einstein, que no duda en dejar de lado su carácter calculador y especulativo para abrazar y besar en la frente y con entusiasmo a una de las jóvenes "baturricas". Quienes presencian la escena se emocionan ante el admirativo y paternal gesto de quien de ordinario está sumido, no ahora, en grandes abstracciones y complejidades físicas.

Y después de comer habrá de marcharse, como vino, en un tren rápido de camino a su tierra.

EL PERSONAJE (PLAZA DE LAS CATEDRALES)

Ramón Gómez de la Serna, quien, por cierto, también ha visitado el Casino Mercantil de la ciudad, dice que, con su teoría, Einstein ha desprestigiado los relojes, de los que ya se desconfiaba bastante, tanto que él mismo ya no da cuerda a los suyos al comprobar que es Einstein un hombre que no gasta reloj. Y es que ya se sabe, gracias al sabio, que el tiempo pasa más o menos deprisa en función de quien observa. Para el observador fijo, el reloj de quien viaja en un tren se retrasa. Y Einstein lo mismo viaja en tren que pasea. Complejidades, de nuevo. Volvamos pues a algo tan mundano y poco abstracto, como es este nuestro paseo urbano por los monumentos de la ciudad, sin mediciones ni de tiempos ni de espacios. Porque Einstein, con o sin reloj, también se deja ver y se muestra a los ojos de los zaragozanos paseando por las calles de su ciudad, así como por esta plaza del Pilar tan nuestra y que marca el pulso de la vida urbana.

Lo que la gente ve no es tanto a un pensador germano como a un artista latino, se dice. Un artista-científico. No responde en absoluto al estereotipo del hombre de ciencia. No es calvo, ni gasta lentes, ni va enfundado en un largo levitón oscuro. Viste con modestia y sin empaque. Su frente es despejada, vivos los ojos y dulce, pero enigmática, la sonrisa. El bigote está perfectamente recortado. En su alborotada y ondulante cabellera brillan algunas hebras de plata. Sus



manos son pequeñas, pero elocuentes, y con ellas ilustra sus frases, traza trayectorias, define puntos en el espacio y acaricia sus elegantes conceptos. Su voz es suave y rectilínea, apagada y sin matices, parsimoniosa y vacilante. Qué envoltura tan mística, se dice. Es la encarnación ideal del mensaje que porta: frente a la complejidad de sus ideas, la sencillez de su personalidad. Paradójico y nada convencional es este científico-violinista. Y así, con tal sencillez, se pasea por aquí.

Entregado con entusiasmo a las bellezas arquitectónicas zaragozanas, pasa una buena mañana entretenido y entusiasmado, acompañado de varias personalidades. Correría artística que le impresiona hasta el punto de afirmar que, pese a haber recorrido con anterioridad Barcelona y Madrid, donde pudo gustar del encanto del Arte que tan bien expresa la personalidad del país, sólo en Zaragoza ha percibido las palpitaciones del alma española. Alma frente a encanto. A la vista de sus monumentos, no puede sino elogiar a la ciudad y expresar las gratas impresiones que de ella se lleva. En esta Plaza de las Catedrales encuentra Einstein, y así lo dice, la expresión más robusta y elocuente de la fisonomía regional aragonesa. Los catedráticos lo conducen al Pilar, donde visita el Joyero de la Virgen, a La Seo, que admira con especial detenimiento, y a La Lonja. En este callejeo, también lo acompañan hasta la Aljafería y a pasear por las afueras de la ciudad para admirar las bellezas de la sugestiva huerta zaragozana.

Es un hombre de entendimiento poderoso y de magnífica tenacidad laboriosa, un sabio profundo que siembra una verdad nueva, pero con un simpático desgaire en su traza que consuela a quienes no terminan de entender lo que propone. Cuando el sabio pasa, se dice, lo hace como una luz estelar, brindando una lección de humildad ante la que los espectadores somos infinitamente pequeños. El espectáculo no es sólo él, sino que también está en las tertulias y corrillos en donde se habla de un astro tan poderoso. Algunos intrépidos desconocedores moverán los terrones de azúcar en su café para tratar de dar idea de lo que es un sistema inercial, sí. Y tal vez en estas calles le suceda como le aconteció en Madrid, cuando una castañera le gritó a su paso: «¡Viva el inventor del automóvil!». Pero bien es cierto que aquí interesan las novedades de su pensamiento, pues no hay en Zaragoza indiferencia alguna ante las iniciativas de los investigadores.



Albert Einstein, el Conferenciante, el Hombre en sociedad, el Personaje, más parece, al verlo pasear por estas calles, un humilde profesor abstraído que un hombre de talento privilegiado. El gran sabio que es se parece más a un alumno despistado y vacilante que, ante la maravilla que contempla, busca la palabra precisa y, certero, la encuentra finalmente. No es necesario ahora para nosotros, como bien se ha dicho en la prensa del momento, indagar en la sustancia sino señalar el fenómeno, no desentrañar la causa sino recoger el efecto de una visita como ésta, para que a todos alcancen proporcionalmente sus beneficios.

Cualquiera que sea la hora que sea, alcemos la mirada a los relojes y campanas de esta plaza, porque, aunque el tiempo sea relativo, campanas y relojes son quienes miden la cotidianidad de nuestros pasos. Y no olvidemos, por tanto, dar cuerda a nuestros pequeños relojes de pulsera o poner en hora los de nuestros modernos dispositivos de bolsillo. Siempre es bueno saber de nuestro tiempo y de nuestro espacio, sean o no relativos.

Texto del escritor Miguel Ángel Ortiz Alberó